

El Tesoro Popular

PERIODICO

De intereses religiosos y locales
devoción a los CORAZONES

Donde está tu tesoro allí también está
Con aprobación de la



QUINCENAL

y especialmente para fomentar la
de JESUS y de MARIA

tu corazón. (San. Mat. Cap. VI-v. 21)

Autoridad Eclesiástica

Año I

Aserrí, 1º de febrero de 1917

Núm. 10

Relumbrón

Pepe Relumbrón era un muchacho fanfarrón y remilgado. Enemigo acérrimo de los callos en las manos, pasaba su perra vida mano sobre mano y bosteza que bosteza de pura enfermedad de fastidio, teniendo como consecuencia natural el melindroso Relumbrón las tripas y el bolsillo vacíos de lo positivo. Una noche, en tiempo de fiestas cívicas, se le ocurrió darse una serenadita por las calles de la ciudad; había estado ten que ten de la comezón de colocarse a la calle a divertirse un poco, y se había contenido por la friolera de estar tan limpio como una patena. Esa noche fué tan tenaz y vehemente la tentación que no pudo resistir. Se puso el único vestido que poseía para las salidas solemnes, que hacía un año debía al sastre; colocó un clavel en una palma de olor y se lo puso en la solapa; en los despojos de uno que fué espejo fué a ensayar sus miradas tiernas, sus sonrisas ficticias, sus piruetas y gestos de caballerito de sangre azul. Se plantó el sombrero, tomó el bastón y se echó a la calle. Como todo pelagatos, se creía figura importante; en el camino iba pensando y ensayando lo que debería conversar en caso de verse en algún corrillo de pisaverdes o coquetas, pues a la verdad, con

muchos tirones de orejas y mojicones apenas pudo medio meterse el silabario. Se divirtió a lo lindo, mas sin otra yerba aromática que su fatuidad y la saliva, pues se le hacía la boca agua al ver las variadas confituras, las botellas de fresco y de licor que estaban convidando a sus tripas vacías, pero por lo menos paseaba solito por sólo esa delicadeza.

Ya aburrido se plantó en una esquina para siquiera de lejos contemplar a las hijas de Eva, ya que le era forzoso no pelar la pava para evitar un conflicto a causa de su penuria. Meditabundo, alelado y hambriento estaba nuestro Relumbrón de centinela en la esquina, cuando de sopetón se ve circulado por un grupo de trece señoritas que con voz almibarada le dan las buenas noches; rendir su sombrero, hacerse un doblez a modo de maniquí, simular rostro de pascuas, todo fue uno, aunque la procesión anduviera por dentro. Sin más preámbulos la más desparpajada le endilga coquetamente estas palabras: joven, venimos muertas de sed; si usted tuviera gusto de acompañarnos, entraríamos en una cantina a pedir agua, pues nos appena entrar solas. No hay para qué decir que dichas palabras le cayeron como pedrada en ojo de boticario por andar mondo y lirondo de metálico. Ni podía escabullirse, ni hacerse el rosita, pues la invita-

ción era muy cordial; no le quedaba otro camino que morderse el bozo y condescender. Me es muy honroso, señorita, poderlas complacer, contestó muy campante. Se pone a su lado, camina hacia la cantina como quien va para la horca, todo desconcertado, a pesar de que va disimulando su tormento. ¡Cómo me las arreglaré, se pregunta, para salir de este trance sano y salvo! ¡Adelante, señoritas, exclamó, una vez que se enfrentaron con la cantina; ténganse la bondad de sentarse; y por no dar su brazo a torcer les pregunta: y qué quieren tomar? La misma que lo había puesto en suplicio le dijo: no nos caería mal una estrellita. Nuestro Relumbrón se frotó las manos que las tenía como las de un muerto, se puso pálido de la congoja e interiormente maldecía aquella maldita ocurrencia de salir a la calle sin un céntimo, y aquél amargo rato que le parecía un infierno. Aunque la cerveza estrella valía entonces 50 céntimos, se trataba ni más ni menos de desembolsar seis colones y medio; eso era como pedirle, en su antojo de muchachas, que le descolgara trece estrellas del cielo. ¡Qué hacer! Se abalanza al interior del mostrador y con tono suplicante, a media voz, a fin de no ser oído, dícele al dependiente: joven, quisiera usted fiarme trece cervezas estrella y mañana se las pagaré!

Amigo, le responde malhumorado el joven, aquí no se fía a nadie. Se quedó nuestro Relumbrón tieso y pálido como una estatua de yeso; vuelto un poco en sí, invoca a San Ramón, abogado de lances apurados y a Santa Rita, vencedora de imposibles. Recuerda que traía prestado el reloj de su amigo y no había otro remedio que dejarlo empeñado. Señor, dice al dependiente: me encuentro en un conflicto: aquellas señoritas desean tomar estrellitas y yo ando sin dinero; sería bochornoso para mí manifestarles mi situación o darles agua pelada; hágame favor de servirles las cervezas y yo le dejo en garantía este reloj. Lo volvió a mirar el dependiente con cara de Anás y le replicó: aquí no empeñamos. Volvió a invocar a sus abogados, le volvió a suplicar y por fin se le ablandó el corazón al cantinero quien recibió el reloj. Al fin pudo respirar a sus anchas nuestro Relumbrón. Gracias, amigo, le dijo Relumbrón, me ha sacado usted de un atolladero del que era difícil salir. ¡Es usted un buen mozo! Se sirvió la cerveza y volvió a reunirse a sus bellas acompañantes con otro modo de andar y otro semblante. Departió un momento con ellas y les dió atentamente las buenas noches, antes de que se les antojase otra friolera y se las largó a paso largo a su casa como alma que lleva el diablo. El reloj quedó empeñado para sécula. Se le ocurrió decirle al amigo que se lo habían robado en la retreta, mientras conversaba distraído con un amigo y que no podía pagárselo.

Así hay muchos fanfarrones
Sin un medio en el bolsillo;
Que no trabajan, y quieren
Ser señores Relumbrones.

CLAVIJO

La reforma social en la familia

(Continuación).

A su vez los hijos tienen deberes muy sagrados respecto de sus padres cuyos deberes se hayan comprendidos

en el 4º precepto del Decálogo: honrar a padre y madre, quiere decir que se les ame, respete y obedezca, con sumisión íntima y espontánea del corazón y de la voluntad. Aun llegados a la mayor edad, fuera de la patria potestad, los hijos buenos deben obedecer y considerar de la misma manera a sus padres, ayudándolos con sus recursos, si de ellos tienen necesidad, y sustentarlos con su propio trabajo; en suma, practicar con sus padres enfermos o imposibilitados lo mismo que estos hicieron con ellos durante su infancia. El que abandona a sus padres, además de ser un hijo perverso, debe esperar verse más adelante abandonado por sus hijos. Los hijos deben recordar siempre los incesantes trabajos y esfuerzos sobre humanos de los autores de sus días para proporcionarles el alimento, los vestidos y la instrucción; las privaciones que se impusieron, aun de las cosas más necesarias, por el bien de sus hijos, todo para ellos; cuántos cuidados y desvelos en sus enfermedades, cuántos sufrimientos, cuántas penas, cuántos disgustos experimentan, ya por las vicisitudes de la vida, ya por la mala conducta de sus hijos: siempre sufriendo, desde que son pequeños por las continuas enfermedades propias de la infancia y por los muchísimos cuidados que exige esta edad; y en la juventud cuántas zozobras e intranquilidad por los peligros de las malas compañías y vicios de la atmósfera del mundo en que forzosamente han de vivir.

También los hermanos tienen deberes que cumplir entre sí. En su trato debe haber un cariño verdaderamente fraternal. Cordialísima armonía, ayudándose y aconsejándose los unos a los otros, siempre que sea necesario, cuidando los mayores de los más pequeños, especialmente si las mayores son mujeres. En suma, en todos los casos deben considerar que corre por sus venas la misma sangre. Al faltar los padres los hermanos mayores deben hacer sus veces, y los demás tienen deberes análogos a los que les obligaban con sus padres. Deben muchas veces los hermanos sacrificar sus gustos, sus caprichos, sus opiniones, antes que se altere la armonía que siempre debe reinar entre ellos. Cuando la discordia llega a introducirse, son muy funestos sus resultados. El único medio de sostener la paz y buena armonía es que cada uno de ellos tenga bastante buena disposición de espíritu para ceder y para vencerse a sí mismo, y de este modo mantener la buena unión y la tranquilidad, tan necesarias para el bienestar de las familias. En cuan-

to a los parientes también tenemos deberes especiales: éstos se reducen a cumplir con más ardor los que tenemos para con las demás personas. A todos los individuos miembros de nuestra familia, aunque sea lejano el parentesco, debemos tratar con particular aprecio y consideración, mucho más si son ancianos a quienes se debe también respeto. Con los parientes débiles y desgraciados debemos redoblar las atenciones.

También hay deberes especiales entre amos y criados, pues aunque estos últimos no formen parte de la familia, viven con ella. Los amos deben pagar puntualmente el salario estipulado a sus criados, alimentarlos, alojarlos decentemente, asistirlos en sus enfermedades, consolarlos en sus desgracias, favorecerlos en cuanto sea posible, enseñarlos, aconsejarlos, no ofenderlos ni maltratarlos de palabra ni de obra, si no compadecerse de su mísera condición que les obliga a servir a otros. También han de procurar los amos que sus criados se perfeccionen en su educación, instruyéndolos e inspirándoles ideas y sentimientos religiosos y morales. Los deberes de los criados se reducen principalmente a obedecer, respetar y ser fieles a los amos, cuidarlos con esmero y solicitud, no defraudarlos en sus intereses, tratar las cosas de sus amos como las suyas propias, mostrar diligencia en el cumplimiento de lo que se les ordena, estar siempre aseados en sus personas y vestidos, ser ordenados y activos en el trabajo, vivir en paz y armonía con los demás sirvientes, tener celo por la honra de la casa en que sirven y no murmurar de sus amos ni publicar sus faltas.

Una familia bien cumplida en todos los deberes que dejamos expuestos, sería el verdadero tipo para la reforma social.

C. M. S.

La familia del Corazón de Jesús y la caridad

En fin: el sello de las buenas cualidades que las familias consagradas al Corazón de Jesús han de tener, es una verdadera caridad con el prójimo. En verdad, una de las cosas que más triste hacen a este miserable mundo, donde hay tantos dolores y miserias, es la falta de caridad que en él tenemos unos contra otros. Es una horrible humillación para el género humano esta pobreza de corazón que tenemos más o menos todos en este bullidero de envidias, recelos, rencores y debilidades. Pues bien: Jesucristo es caridad y ninguna virtud pide tanto

entre los suyos como la caridad. El Corazón de Jesús es amor, amor de todos los hombres, amor que debe unirnos a todos con él y a todos en él entre nosotros mismos. Así, pues, sería bueno que las familias que quieran ser familias del Corazón de Jesús se propusieran decididamente fomentar en todos la unión y amor de los prójimos, por distintos que sean sus partidos, bandos, corros y opiniones de cosas lícitas y, por lo menos, evitar, a todo trance, toda falta de caridad y unión. Evitar todo género de chismes y murmuraciones de un lado a otro. Nunca acusar ni inculpar ligeramente y sin necesidad a nadie. Evitar discusiones inútiles, y, especialmente, todo género de insultos en ellas. No dejarse dominar de perjuicios ni indisposiciones contra los prójimos de cualquier familia, partido, bando, nación o condición que sea. Mirar, en fin, en cada uno de nuestros hermanos a un hermano, no a un extraño; a un cristiano, no a un hereje; a uno a quien quiere salvar Jesucristo, no a un indiferente de quien nada nos va ni nos viene, y poner nuestro amor y caridad de católicos y siervos de Jesucristo y vasallos de su amor por sobre todas las mezquinas diferencias de partido, de clase de nación, de cofradía, de corro... eso es esencial a los que deberas quieren formar una familia del Corazón de Jesús. No estamos en la Iglesia de Jesucristo, sobre todo en nuestros días, para levantar banderines de cantón ni de barrio. Al contrario: lo que debemos hacer es empaparnos y embarnos en la sangre que de aquel Corazón divino brotó en la cruz, por el patrono y por el obrero, por el francés y por el alemán, y por el inglés y por el español, por el pobre y por el rico, por el de mi partido y por el del partido de enfrente, por mi pariente y por el extraño a toda mi familia. Lo que debemos hacer es empaparnos en aquel espíritu del Corazón de Jesús, que a todos nos quiere reunir en la gloria y en su gracia y caridad.

¡Oh hermano! Si tu amases y venerases a ese Corazón que tienes en tu casa amarías a los que aman ese Corazón, que si te ama a tí, también ama a ese a quien tú miras acaso con indiferencia y talvez con desdén y con menosprecio, y quién sabe si con rencor o repugnancia. A este amor y caridad si son verdaderos y cristianos, naturalmente se seguirán como a las flores los frutos, las obras de misericordia. Si sois de alguna de estas familias dichosas, poned en vuestras sobremesas, en vuestros proyectos, en vuestros planes económicos, en vuestros ahorros, en vuestras diversiones,

el ejercicio de alguna o de muchas obras de misericordia, así espirituales como temporales. La familia que por amor al Corazón que a todos nos ama, amase a los que ama ese Corazón, y por ellos ejerciese las obras de misericordia, sería seguramente una de las familias del Corazón de Jesús.

Mensajero del C de Jesús.

Influencia de la mujer cristiana

El marido infiel es santificado por la mujer infiel, dice San Pablo, y de ello es una prueba el ejemplo siguiente: paseábanse juntos dos amigos íntimos; el uno de ellos ostentaba en su uniforme las insignias de general, ganadas en cien combates.—Oye, le dijo el otro; hace tiempo que observo en tí una cosa muy extraña: ¿cómo se explica que habiendo estado siempre ocupado en el cuartel y en el ejercicio de las armas, mostrándote indiferente a toda práctica religiosa, te veo de tal manera mudado, que tu piedad y tu fervor te permiten recibir la sagrada comunión dos o tres veces a la semana?—Efectivamente, respondió el valiente soldado. Debo, empero, decirte, que se ha verificado este cambio sin haber oído la voz del sacerdote, ni haber puesto los pies en la iglesia. Te referiré la causa de mi mudanza. Después de mis campañas, Dios me concedió una mujer piadosa, cuya fe, a pesar de que yo no tenía la dicha de poseerla, respeté siempre. Cuando niña formaba parte de todas las Congregaciones de su parroquia, y su firma terminaba siempre con este título: *Hija de María*. Extremadamente tímida, nunca se atrevió a decirme una palabra sobre Dios, pero bien dejaba traslucirse en su rostro lo que pensaba. Cuando rezaba delante de mí, por la mañana y por la noche, veíansele los ojos iluminados por la fe y el amor; cuando volvía de la iglesia, donde había recibido el Pan de los Angeles, venía con una calma, una dulzura y una paciencia, que tenía algo de la serenidad del cielo; parecía un Ángel; cuando me prodigaba sus cuidados y curaba mis heridas, parecía una Hermana de la Caridad. De pronto, y sin darme cuenta, sentí yo también deseos vivísimos de amar al Dios que mi esposa amaba, y que le inspiraba las hermosas virtudes que hacían el encanto de mi vida. Yo, que nunca había tenido fe, y que tan poco caso había hecho de la Religión de Cristo y sus Sacramentos, le dije: llévame a donde tu confesor. Por ministerio de este sacerdote del Señor, y con la gracia divina, he venido a poseer la

mayor dicha que se puede desear en la vida; la de ser un católico práctico. ¡Cuánto puede el ejemplo de una mujer cristiana!

Indicador religioso de febrero

- 2.—A las 12 y a las 4 confesiones de los devotos del Corazón de María.
- 3.—A las 7 misa del Corazón de María por los pecadores. Ese día confesiones de los devotos del Corazón de Jesús a las horas de costumbre.
- 4.—Antes de la misa se dará la comunión. A las 8 misa del Sagrado Corazón de Jesús. Después de misa se hará un rato de Retiro espiritual. Desde este día se cumple ya con la confesión y comunión de la Cuaresma, hasta la fiesta del Corazón de Jesús.
- 19.—En la mañana confesiones de los devotos de San José. A las 7 misa en su honor.
- 20.—Se cierran las velaciones.
- 21.—Día de Ceniza. Ayuno y abstinencia de carne. La misa a las 7½.
- 23.—Día de ayuno y abstinencia de carne.
- 24.—A las 3½ reunión de las Hijas de María y enseguida confesiones de las mismas.
- 25.—A las 8 misa de las Hijas de María. A las 12 reunión de los Celda-dores del Apostolado.

El plátano

La harina de plátano

(Concluye)

La harina de plátano es en muchos países el pan de cada día, y como dura mucho tiempo sin alterarse, sirve de bastimento en los viajes. En la guerra civil del año 60, sirvió a las tropas de los generales Mosquera y Arboleda para alimentarse. Cuando verde, el plátano contiene tanino y almidón, pero a medida que va madurando, el tanino desaparece y el almidón se transforma en goma y azúcar, desenvolviendo un principio ácido. Por esta causa la harina sólo se prepara con el plátano verde, pues cuando maduro puede decirse que ya no contiene almidón. Fuera de los elementos hidrocarburos, la harina contiene un 5 por ciento de sustancias azoadas. De ahí que sea el más saludable auxiliar de las madres en la alimentación de sus hijos, cuando empobrecidas por las anemias o por otras causas, no pueden amamantarlos. Un médico colombiano asegura que no hay nada tan apropiado para los niños de pecho como la harina buena de plátano; ni puede imaginarse un medicamento confeccionado por la química que se halle en mejores condi-

ciones para curar las dispepsias, gastralgias, disenterías, diarreas, y otras enfermedades del estómago. El mismo doctor da las siguientes reglas para hacer la mazamorra de plátano, como alimentos para niños y enfermos, advirtiéndolo que por falta de ese conocimiento, dejan de obtenerse sus benéficos resultados, y que por ignorar las virtudes de la harina de plátano, se crían raquíticos o llenos de enfermedades millares de niños, o padecen mucho cuando echan dientes o tienen una muerte prematura.

He aquí la receta: Se pone a hervir en una vasija de barro una botella de agua, y estando hirviendo, se le agrega una cucharada de harina de plátano, disuelta antes en una jícara de agua fría, teniendo cuidado, una vez agregada a la hirviente, de menearla para evitar se formen pelotas. Después de dejar hervir a fuego lento, por una hora, cuando menos, meneándola constantemente con una cuchara de palo. Para saber si ya está cocida, se pone en poco de esa mazamorra en un vaso de agua fría: si se va al fondo, está ya para tomarla, si flota, está todavía cruda. Se endulza cuando ya está cocida, dándole un hervor más. Para que colada, quede suficientemente líquida, de modo que pueda pasar por el biberón (chupón), se le agrega el agua necesaria, cuando está hirviendo. A tiempo de dárla al niño puede mezclársele leche cocida, pero de ninguna manera cuando se está haciendo la mazamorra. Este alimento puede dárselos a los niños sin ningún temor, desde los 8 o 15 días de nacidos. Desde los 6 meses en adelante, pueden aumentarse las dosis de harina y de leche de vaca. De la misma manera se prepara para los adultos enfermos. También se pueden preparar bollos de pan en el horno, pero en este caso debe añadirse otra clase de harina para que crezca.

Plátanos pasados

Para conservar los plátanos, reducidos a fruta seca, como se hace con los higos y otras frutas, se necesita escogerlos bien maduros. Se ponen al sol en tablas, se pelan cuando empiezan a ennegrecer, y se continúa sometiéndolos al sol hasta que revisitan una florescencia azucarada; entonces se estrujan blandamente para aplastarlos y se envuelven en cáscaras.

Vinagre barato

Aunque la operación de fabricar vinagre de guineo, sea tan conocida, no es por demás exponer el método.— Colócanse los guineos con su cáscara, bien maduros, sobre un cedazo y éste sobre un barril, donde, poco a poco irá goteando el vinagre, o se exprimen con las manos los guineos pela-

dos y bien maduros, y colócase la masa en una olla de barro, cuya boca se tapa con un lienzo limpio; a los días se cuele al revés de un lienzo limpio y se envasa, dejándolo bien tapado para que se conserve.

Usos industriales y populares del plátano

Desde luego, el mejor servicio que prestan las plantaciones de plátano, después de suministrar alimento al hombre, es dar sombra a los cafetales, mientras crecen los otros árboles, plantados al efecto. Se aprovecha para la cria y engorde de cerdos, sin que los caballos, las vacas, las aves de corral y otros animales domésticos dejen de ser también voluntarios consumidores de ese fruto. En las Antillas, las cáscaras de plátano verde y el pedúnculo se secan al sol, se queman y las cenizas, que son muy ricas en potasa, se emplean en hacer jabón. La misma cáscara la emplean para hacer tinta de marcar ropa. En Anam, Cochinchina y Filipinas utilizan el tronco para clarificar y refinar el azúcar. Los malayos y las tribus del Amazonas emplean el jugo del tallo para curtir cueros y para darle el color verde a las telas. Con las cáscaras se fabrican esteras y esterillas. Acerca del uso de las hojas, todos lo sabemos, así como de otros usos de las cáscaras.

El culto público

El culto público es necesario porque:

1.—Dios es el Creador, el conservador y el dueño de las sociedades como de los individuos. Por estos títulos las sociedades le deben el *homenaje social* y, por consiguiente, *público*, de sumisión.

2.—El *culto público* es necesario para dar a los pueblos una alta idea de la religión y de los deberes que impone.

3.—Es un *medio poderoso* para conservar y aumentar en todos los hombres el amor a la religión. El ejemplo arrastra, y nada es tan eficaz como el culto público para hacer popular la religión.

Fuera de esto el género humano ha reconocido siempre la necesidad del culto público, como lo prueban las *fiestas* los *templos* los *altares* establecidos en todos los pueblos. Dios ha hecho al hombre sociable; éste no vive, ni crece, ni se conserva sino en la sociedad. Sus necesidades, sus facultades, sus inclinaciones, todo en el hombre justifica estas palabras del Creador: *No es bueno que el hombre esté sólo*. De ahí la institución de la *familia* o *sociedad doméstica*; después de la *sociedad civil*, que no es otra cosa que la prolongación de la familia. Un particular debe adorar a Dios en su corazón y expresar, mediante *actos exteriores*, los sentimientos de su alma; *su naturaleza lo requiere así*. Cada sociedad, compuesta de un cierto número de individuos que une entre sí, constituye una *persona moral*, que tiene sus deberes para con Dios, puesto que de Él depende,

como el individuo. Es la Divina Providencia la que forma y dirige las *familias* y las *sociedades*, y las eleva o las deprime, según que se manifiesten más o menos fieles en la observancia de las leyes divinas. Necesita, pues, la sociedad de un *culto público* o *social* para dar gracias a Dios por los bienes que sus miembros reciben en común: *el estado social del hombre lo pide*. Sin el *culto público* Dios no recibe el debido honor, y los hombres no comprenden la importancia de la religión. En la sociedad civil, para infundir respeto a la autoridad, se emplea el culto civil. Cuando el Jefe del Estado pasa por una ciudad, se levantan arcos de triunfo, flotan las banderas al aire, las bandas ejecutan marchas, los jefes militares vestidos de brillantes uniformes, van a saludar al gobernante, y las muchedumbres lo aclaman... Pues bien, el primer Jefe del Estado, el Soberano de los soberanos, es Dios. ¿Podrá el hombre negarle aquellos homenajes públicos y solemnes que rinde a su representante en la tierra? No, no; el culto público es necesario.

HILLAIRE

Miscelánea

Un general de los Estados Unidos, afamado por su ciencia militar, se convirtió al catolicismo durante una guerra civil. Las circunstancias que acompañaron y siguieron a este suceso merecen ser conocidas. Un día que la atronadora voz de los cañones y el estridente ruido de la fusilería se mezclaban con los gritos de los moribundos y lamentos de los heridos de ambos ejércitos, el general vió caer herido a su lado un soldado. Al enterarse de su estado, supo que una bala que debía atravesarle el corazón se desvió repentinamente al encontrarse con un escapulario que el soldado piadosamente llevaba. Era un milagro evidente y que sólo podía atribuirse a la bondad y poder de la Madre de Dios. El general, que hasta entonces era protestante, convencido del milagro, lo reconoció así, y después de estudiar la doctrina cristiana, abjuró de sus errores. Terminada la guerra volvió a su país algo inquieto por la acogida que le dispensaría su mujer, celosa protestante. Llegó un domingo por la mañana. Las campanas de la iglesia católica llamaban a misa. El general, pretextando que iba a afeitarse, salió y se fué a la iglesia. Se colocó en su silla y se puso a orar con el mayor recogimiento. Poco después llegó una señora y se colocó a su lado; pero el general, abstraído, no la miró. Cuando el sacerdote dijo el *Ite Missa est* y dió la bendición, el general se levantó e hizo la señal de la cruz para el último evangelio. Entonces vió a su mujer que, como él, se signaba en la frente, en la boca y en el pecho. Los dos eran católicos sin haber dado cuenta el uno al otro de su conversión, y ambos procuraban ocultarse mutuamente sus nuevas creencias. Fácil es comprender el gozo que les causó el descubrimiento; nunca fueron tan felices como en aquel momento en que se encontraban unidos en la fe como ya lo estaban por el matrimonio.

Tip. "El Pueblo"